

Parece que fue ayer: Promoción 1975 de Medicina «Fernando Porturas Plaza», de la Universidad Peruana Cayetano Heredia

It seems like it was yesterday: Class of 1975 of Medicine “Fernando Porturas Plaza”, from the Universidad Peruana Cayetano Heredia

Napoleón Chávez¹

Ricardo Lewitus¹

© Los autores. Artículo de acceso abierto,
distribuido bajo los términos de la Licencia
Creative Commons Atribución 4.0 Internacional.



DOI: <https://doi.org/10.20453/ah.v68i1.6667>

La mayoría había egresado del colegio entre 1966 y 1967, y en el verano de 1968 se preparaban para ingresar a la Facultad de Ciencias y Humanidades (así se llamaba premédicas) de una joven, pero prestigiosa casa de estudios llamada Universidad Peruana Cayetano Heredia. En esos años, ingresar a la Universidad Nacional de Ingeniería, Universidad Nacional Agraria La Molina o la misma Cayetano, eran las metas predilectas de muchos adolescentes peruanos. Están aún presentes en nuestra memoria las dos tardes sucesivas cuando entramos al patio principal de la casona, repleta de sillas que fuimos ocupando ordenadamente. Luego de sesudos análisis generados por un cuestionario pulcramente mecanografiado, respondimos marcando de negro alguno de los círculos de una ficha IBM. Era calurosa la mañana de marzo cuando nos dirigimos a ver la lista de los nuevos cachimbos heredianos. Casi simultáneamente fuimos abordados por grupos de estudiantes, quienes con tijera en mano practicaban el rito del corte de pelo. Con algunos nos conocimos en la academia de preparación, con otros en los trámites previos al examen. Sin embargo, en donde todos nos vimos por primera vez fue en los pasillos del Hospital Loayza en los preámbulos del llamado examen «físico y mental», requisito de nuestra matrícula oficial. Nuestra promoción fue la primera en realizar todos sus estudios en el nuevo local (en aquellos años muy austero). Allí se inició nuestra historia.

Nuestras vivencias universitarias también fueron el reflejo de los acontecimientos mundiales, influencias que nos indujeron a soñar con cambiar el mundo a nuestra manera. A poco de ingresar, la rebelión estudiantil de mayo en París, tiempo después las secuelas de la guerra de Vietnam y el surgimiento de la música pop, ejercieron notable repercusión en el sentir y pensar de los jóvenes a nivel mundial. El Perú no fue una excepción.

Meses después de ingresar a la Cayetano, se violentó la Constitución. Por ello, no pudimos acudir a las urnas durante todos nuestros años universitarios.

1 Médicos egresados de la promoción 1975, Universidad Peruana Cayetano Heredia.

Lima creció desmesuradamente, el dólar reemplazó progresivamente a nuestra moneda y nos habituamos a la palabra *inflación*, entre otras novedades. Nos asombramos con la llegada del hombre a la Luna, los trasplantes de corazón; disfrutamos de la música de Marisol y de los Rolling Stones; la televisión en blanco y negro nos mostró a Ferrando y el Topo Gigio.

En esos tiempos, no había fax, correo electrónico ni calculadoras electrónicas. Tomar fotocopias era caro y complicado. Celebramos en directo los goles de Cachito Ramírez, nos remeció el terremoto del Callejón de Huaylas, especulamos sobre el caso Banchero, discrepanos de la expulsión del grupo Santana, nos sorprendió el auge y la posterior caída de Nixon, admiramos el *knock-out* de Mohamed Alí sobre Foreman y comentamos la Guerra de los Seis Días. Unos decían leer *Das Kapital*, otros a Freud, algunos a Marcuse o a Sartre. Sin embargo, casi todos nos encandilamos con *Juan Salvador Gaviota*, *Mi planta de naranja lima*, *La ciudad y los perros*, *Cien años de soledad*, *Rayuela* o el *Lobo estepario*.

Al mismo tiempo con nuestros mitos, prejuicios y actitudes, aprendimos a convivir y compartir cotidianamente múltiples experiencias. Nos volvimos expertos en el uso de reactivos químicos, polígrafos, pinzas de disección, microscopios, entre otros.

Debatimos con vehemencia de política, jugamos con entusiasmo el fulbito, disfrutamos de las veladas y la tuna universitaria y por qué no decirlo, de algunas noches de bohemia.

Así, progresivamente, fuimos adquiriendo las destrezas necesarias del quehacer médico. En las diferentes sedes hospitalarias nos enseñaron a conversar con los pacientes, a examinarlos, aprendimos a analizar y discutir las historias clínicas.

Llegó la etapa de nuestras primeras guardias, primeras suturas, primeros partos. Era la etapa del externado, internado y el CESIGRA que pasaron rápidamente. Aún estábamos distante de los tiempos del sida, del viagra y de las imágenes por emisión de positrones.

Las prácticas de medicina comunitaria nos dieron la oportunidad de observar algunos aspectos de la salud pública. A pesar de la carga académica, en los intermedios de las clases siempre prevalecía el buen humor y la amistad.

Doctor Oscar Frisancho² (Q. E. P. D.)

Cincuenta años después

Y sí, han pasado 50 años. Medio siglo. ¡Casi nada! De los valientes que en 1968 nos lanzamos a estudiar Medicina, en 1975 egresamos 62. Y ahora, en 2025, 54 seguimos presentes, desafiando estadísticas, calendarios y algunas articulaciones rebeldes.

Éramos un grupo de nerviosos y tímidos chicos y chicas casi adolescentes que iniciaron una experiencia de vida formativa, la cual duró casi una década. En ese tiempo, algunos nos conocimos más y desarrollamos lazos afectivos que aún perduran en nuestros espíritus



² Texto póstumo.

Nuestras vivencias universitarias también **fueron el reflejo de los acontecimientos mundiales**, influencias que nos indujeron a soñar con cambiar el mundo a nuestra manera.

Nos enfrentamos a pandemias, cambios políticos, reformas de salud y congresos interminables, pero también a cosas más complejas: hijos adolescentes, jubilaciones abruptas y la receta electrónica (que nadie pidió). Supimos adaptar el estetoscopio y luego aprendimos a usar Zoom con fondo virtual de playa.

Nuestros grupos de WhatsApp pasaron de ser canales de reencuentro a foros de memes geriátricos, cadenas de salud y, ocasionalmente, recetas para la próstata. ¡Pero qué alegría da ver los buenos días con corazones y emojis enviados desde tantas ciudades y países!

Durante estos años hemos hecho de todo: jefes de servicio, directores de clínicas, presidente de la Asociación Latinoamericana de Diabetes, líderes de salud pública, directores científicos, dueños de laboratorios, autores de libros científicos y de poemas secretos. Algunos incluso han alcanzado la fama, mientras que otros solo alcanzamos el control remoto sin levantarnos.

En suma, es una experiencia, antes que nada, de sentimientos y recuerdos vividos. Se dio en las aulas de una institución de tradiciones y valores encomiables,

de profesores que nos fueron forjando en un oficio y que cada uno al término de dicha experiencia, cada uno optó por un camino, un desarrollo de vida, muchas veces determinado por los condicionantes reales de

la vida. Ocho compañeros ya no están, pero por la magia del recuerdo y la memoria afectiva aún los recordamos como íntimos, nos conmovemos con su partida, porque forman parte de nuestro paso por esas aulas que nos brindaron la oportunidad de que nuestras vidas confluyeran. Hoy los tenemos presentes. Están en las anécdotas, en las fotos, en las bromas que repetimos como si todavía pudieran reír con nosotros.

Esa experiencia de vivencias afectivas, que a muchos nos cambió la vida, hoy se presta al reencuentro. Ya en el inicio de la senectud, pero con nuestro espíritu juvenil de siempre, vamos a retornar a las aulas que, aunque tampoco están, siguen en nuestros corazones. Creemos que todo lo demás es secundario y corresponde a un plano diferente.

Brindamos por todos, por los que vinieron, por los que no pudieron, por los que partieron y por los que aún creen que 1975 fue «hace poco».

¡Salud, promoción 1975! Que vengan más encuentros, más abrazos y menos resonancias magnéticas.